

Católicos y comunistas

E.
MIRET
MAGDA
LENA

EL problema planteado por el PCI en Italia no termina. Sigue la discusión por todo el mundo. Y esta discusión puede ser el punto de partida para una clarificación definitiva del conflicto marxismo-cristianismo. Va a pasar —me parece a mí— como en otros momentos de crisis del catolicismo en la época contemporánea. La "herejía" modernista fue virtualmente aceptada por el Vaticano II; la exégesis bíblica liberal pasó a ser bautizada por la encíclica de Pío XII "Divino afflante Spiritu", y el socialismo marxista, en su versión más realista, está a punto de ser comprendido por una gran parte del catolicismo.

Lo cual no quiere decir que el modernismo teológico, el liberalismo bíblico o el socialismo científico sean aceptados sólo a ciegas por un número creciente de católicos. Es lógico que si aceptan estas posturas, lo hagan inteligente y críticamente, y existan divergencias en la posibilidad de coincidir con estas posturas modernas según los niveles en que uno se plantea el problema: práctico, existencial, económico, filosófico o religioso. Unos aceptan más y otros aceptan menos.

Los intelectuales católicos que se presentan en las listas comunistas italianas son: Paolo Brezzi, profesor de Historia de las Religiones; Raniero la Valle, que fue director del periódico católico de Bolonia "L'Avvenire d'Italia"; Mario Gozzini, un gran escritor conciliar; Piero Pratesi, antiguo director de "Il Popolo", que era el diario de la Democracia Cristiana en los años cincuenta, y Angelo Romano, dirigente de la televisión italiana.

Raniero la Valle ha declarado, en el semanario "Témoignage Chrétien", que estos cristianos han tomado tal decisión "sin implicar una adhesión ideológica al marxismo". Y da tres razones para haber dado este paso: "Romper la identificación entre Iglesia y Democracia Cristiana, combatir el sistema de poder fundado sobre el uso político de la religión y, sobre todo, estar convencidos de ello por razones estrictamente políticas, por las cuales creen estos cristianos que deben llegar, para el bien político de Italia, a nuevas colaboraciones democráticas, incluyendo la participación de los comunistas en el Gobierno de nuestro país".

Este escritor católico, aludiendo a las severas reacciones de la gran mayoría de los obispos italianos, de la Santa Sede y del Papa, dice que se han anclado en "los principios inamovibles, pero no han tenido en cuenta el problema histórico que se plantea hoy en Italia, y equivocadamente, proponen como solución permanecer

en un plan ilusorio que no conduce a ninguna parte". Por eso estos cristianos "se presentan en las listas, pero sin salirse de la comunión con la Iglesia".

Tienen razón para creerse en comunión con la Iglesia, a pesar de todo, porque el Decreto del Santo Oficio de 1 de julio de 1949 sólo condenó al "comunismo materialista y anticristiano", matizando cuidadosamente los diferentes aspectos de tal condenación.

Al leer con cuidado este Decreto (que fue corroborado el 13 de abril de 1959) se ve que solamente excomulga "a los que profesan el comunismo materialista y anticristiano", pero no lo hace a quienes aceptan el marxismo de otro modo.

Tampoco llega a la plena excomunión de los que pertenecen al PC, sino que advierte a los obispos que al estar en pecado, no pueden recibir los sacramentos porque "no tienen la necesaria disposición".

Y para nada se habla de aquellos que participan en un Gobierno con los comunistas, como pretenden hacer ahora estos intelectuales católicos.

Si ahondamos un poco más en la sutil casuística eclesiástica, todavía podemos disminuir mucho más la fuerza de este Decreto. Al poco de ser publicado el mismo, monseñor Tomasek aclaró en Roma que podía haber razones graves para pertenecer al PC en los países del Este, sin por eso incurrir en grave falta.

Vemos así que ya entonces la lectura cuidadosa de este documento vaticano rebajaba la condenación del comunismo a la mitad de la mitad. Pero hoy, además, han cambiado mucho las circunstancias histórico-políticas, y habría que preguntarse: ¿Todo católico que se inscribe en el Partido Comunista Italiano está en pecado? Porque si no propugna claramente un "comunismo materialista y anticristiano", las cosas no serán tan dramáticas como se dice. Todo dependerá de si defiende o no este tipo de marxismo.

La prensa sedicente católica ha confundido mucho las cosas hablando de prohibiciones absolutas y de excomuniones; pero sólo lo ha hecho una prensa aparentemente cristiana, en mi opinión, y de intención política conservadora ante todo.

Ya el padre Gundlach, S. J., asesor de Pío XII, por los años cincuenta, aclaró públicamente que este Decreto del Santo Oficio no negaba la posibilidad de colaboración gubernamental con el comunismo, porque "la constitución de tal Gobierno de coalición puede significar que, en las condiciones dadas, sólo puede asegurarse de esta forma el bien común". Y el pa-

dre Gundlach no era ningún pro-comunista.

La regla, si se evitan histerismos, parece sencilla, y la expuso antes del Concilio el obispo de Saint-Brieux, monseñor Coupel, quien dijo: "La Iglesia no tiene que juzgar al comunismo en el plano social, sólo lo condena debido a su postura antirreligiosa, y si un día el comunismo abandonase sus posiciones anticristianas, nada impediría a la Iglesia el modificar su posición respecto a él".

Eliminada la negación práctica de lo religioso, el creyente sólo puede decidirse por razones puramente humanas, a ras de tierra, o sea, por motivos sociales y políticos. Y no por otras razones eclesiológicas que nada deben suponer a la hora de decidir una posible colaboración.

El Papa Pío XI, tan visceralmente anti-comunista y antisocialista, dejó, sin embargo, bien sentado que a la Iglesia le corresponde "dar directrices", pero que el católico debe ser quien las aplique con decisión plenamente responsable, "según las condiciones del lugar, de tiempo y de los pueblos".

Eso es lo que han pretendido hacer estos intelectuales católicos italianos, estén o no políticamente acertados en la opinión de algunos. Lo importante es que no se han ajustado por las frases aparentemente tajantes del alto clero italiano, pero, en realidad, ambiguas y contradictorias, que han sido propagadas confusamente por el nefasto periódico vaticano "Osservatore Romano", que mucha gente cree ser la voz de la Iglesia, pero que no tiene ninguna autoridad oficial para representar el pensamiento definitivo y universal de la Iglesia, como alcaró una vez Juan XXIII.

Todavía se vive en algunos ambientes católicos de frases a medias, de palabras emotivas y de amenazas sin matiz, pero cada vez vamos superando más esta postura y adquiriendo mayor madurez para decidir en conciencia, y no como autómatas de presiones políticas eclesiológicas. Y no hay que creer, por esta decisión independiente, que estos cristianos son malos católicos, o, como decía lacrimosamente Pablo VI, que "algunos de los más queridos amigos nos han abandonado". Necesitamos más serenidad y más respeto a las decisiones pluralistas de los católicos en política. ■